Eduardo Mitre: «La poesía siempre se escribe a contracorriente»

Carmen de Eusebio

Eduardo Mitre (Oruro, Bolivia, 1943), es autor de una extensa obra poética. Vive desde hace muchos años en New York donde ejerce como docente. En 1975 publicó *Morada,* que fue saludado por Octavio Paz con estas palabras: «Es un libro precioso, hecho de aire y luz, hecho de palabras que no pesan, como el aire y que brillan como la luz. Un libro casi perfecto». En 1976 publicó *Ferviente humo*, sobre el cual Julio Cortázar comentó: «La lectura de *Ferviente humo* ha sido para mí una bella experiencia de poesía. No es frecuente un libro en el que cada poema constituye una entidad, algo así como una estrella que luego, con los otros poemas, dará la constelación total del poeta». A estas obras le siguieron: *Mirabilia, Desde tu cuerpo, El peregrino y la ausencia, La luz del regreso, Líneas de otoño, Camino de cualquier parte.* En el 2004 publica *El paraguas de Manhattan,* con prólogo de Antonio Muñoz Molina, quien define la obra de Eduardo Mitre como «La poesía del mundo... En ella los frutos de la realidad y los milagros del instante tienen la importancia que casi todos nosotros les concedemos en la vida real». Tras *Al paso del Instante* (Pre-Textos, 2009), la misma editorial ha editado el primero de los dos volúmenes que recogerán la totalidad de su poesía hasta el presente: *Poesía Reunida (1975-1998).*

— *En sus libros anteriores a* Al paso del instante, *los temas eran los objetos y las personas vistas en su movilidad exterior. Ahora, en este su último libro, la mirada es una mirada interior buscando al otro, lo otro. ¿Es así?*

— Sí, hasta cierto punto. La mirada interior que anotas, se da en poemas como «El cartero», «Reencuentro», «Intermitencias de un sueño» y algún otro. Por lo demás, *Al paso del instante*, como *El paraguas de Manhattan* y, en menor medida, *Vitrales de la memoria*, expresa un espacio exterior, citadino y una galería de personajes o pasantes anónimos que la transitan: la madre que pasa con su hijo falto de un brazo, la muchacha que camina sollozando por Union Square, la mujer que detiene un taxi, ingresa en él y desaparece en el tráfago de la ciudad. En este sentido, los tres libros, escritos sucesivamente y publicados en Pre-Textos, conforman una suerte de trilogía urbana. Las presencias de esos libros se hallan al paso del instante y de la mirada que los fija en el poema.

— Al Paso del Instante *tiene por escenario la ciudad y el tiempo y la memoria son sus protagonistas. ¿«Vivir es construir recuerdos» como decía Huidobro? ¿Sólo al nombrar las cosas, construimos y reconstruimos nuestra memoria?*

— Antes de los recuerdos o simultáneos a ellos se da el vivir, las experiencias que vivimos, aunque hay dos capitales de la cuales no tenemos memoria, como dicen estos formidables versos de Neruda: «Nunca recordaremos haber muerto. / Ni del nacer tampoco guardamos la memoria».

No, no sólo al nombrar construimos nuestra memoria, pues además hay recuerdos que no los comunicamos, sea porque son inexpresables, o porque yacen ocultos en el inconsciente o porque no queremos sacarlos a la luz y preferimos callarlos. Pero aun en estos casos, constituyen nuestra memoria, nuestra identidad, siempre inabarcable y en parte desconocida, y la cual no cesa de construirse, de trasmutare en el tiempo, pues como sostiene María Zambrano, siempre estamos «de tránsito entre aquel que nos encontramos siendo y el otro hacia el que vamos.»

— *¿Al reconstruir nuestra memoria, lo otro y el otro adquieren la presencia real que nos conforma? ¿Nos hace sentir menos solos?*

— Lo seres recordados nos habitan, pero no son los que fueron ni nosotros los que fuimos con ellos. El sentimiento de compañía o de soledad, de calma o desasosiego que ellos nos procuran, depende del clima interior en que se los recuerda, el amor o el odio, la gratitud o el resentimiento, el asombro o la indiferencia... En

fin, la respuesta a tu pregunta depende de tantas cosas y de tantas circunstancias.

— *En varios poemas aparece la figura del ángel como si fuera una visión instantánea, fuera del tiempo. ¿Qué significa para usted?*

— Como lo anoté en otra ocasión, la figura del ángel no es recurrente en mi obra, como lo es en la de numerosos poetas, por ejemplo y para limitarme al ámbito de la poesía boliviana: en Matilde Cazasola y Eduardo Nogales. En *Al paso del instante*, la imagen del ángel inaugura el libro como símbolo o mentor de la escritura a la cual aspiro: ágil, espontánea y ligera, es decir: vivaz. Pero, fíjate, motivado ahora por tu pregunta, y tras un repaso de mis libros anteriores, veo que el ángel aparece en varios tramos de mi obra. En la última parte de *La luz del regreso* (1990), el poema naciente es un «ángel terrestre» que va encarnado en la página. En cambio, en «El viento», poema de *Cualquier parte (1998),* aparece con una melancólica gravedad, pues es «el ángel de la nostalgia». En otra pieza del mismo libro, «Elogio de las palabras», éstas o los nombres que nos bautizan son «arcángeles de los nacimientos»; y, en «Comunión», los solitarios sentados a la barra de un bar, ensimismados y silenciosos, mantienen un «soliloquio de ángeles». En *Al paso del instante* (2007), hay un insólito lector que continúa su marcha por la calle, leyendo «ajeno al tráfico, a la lluvia,/ sumergido totalmente en su lectura,/ inmune al tiempo como un ángel». Así, el acto de la escritura como el de la lectura están de alguna manera signados por el ángel, cuya presencia no pulula, pero sí aparece varias veces en mis poemas.

— *¿Poemas como «Por Harlem», «La Gata», «Transbordos del Instante», es una poética de la fugacidad?*

— Son expresiones del instante poético, ese instante en el que el pasado, lo vivido, reencarna en el presente. En el primer poema que citas, la presencia amiga, físicamente distante, de Jesús Urzagasti, —un gran poeta en prosa y en verso— aparece repentinamente en una esquina del barrio neoyorkino y camina conmigo por una de sus calles. En «Transbordos del instante», el traslado rutinario en el *ferry* de Staten Island a Manhattan tras una jornada de trabajo, revivo súbitamente una travesía por el lago Titicaca que en mi infancia hice con mi familia. Es claro que esos instantes poéticos son efímeros, fugaces, pero ahí surge el poema, el lengua-

je que los fija en palabras y los hace hasta cierto punto perdurables y, al mismo tiempo, comunicables, compartibles.

Aquí me gustaría referirme a *Vitrales de la memoria*, libro que tiene que ver no ya con fijación del presente fugaz, sino con la recuperación del pasado que intempestivamente surge o vuelve en el presente. Ese poemario trata de recuperar y comunicar los paisajes de mi infancia y adolescencia: el Altiplano de Oruro, el balneario de Capachos; la casa paterna, la plaza Colón, los cines de Cochabamba; paisajes en los que los vuelven presencias familiares de entonces (el abuelo, el condiscípulo de la escuela, los compañeros de juego), así como memorables figuras de diversos ámbitos: Marilyn Monroe, Natalie Wood, Enrique Omar Sívori. La mayoría de esos poemas son elegías, pero siempre más rememoración que lamento, en una escritura obediente al deseo de prolongar su permanecía en la memoria. Añado de paso que este libro constituye un complemento y, a la vez, un contrapunto de un libro de juventud: *Ferviente Humo* (1976), cuya reedición por Pre-Textos en mi poesía reunida, se acrecienta ahora con un poema de homenaje a Alejandra Pizarnik. Digo que *Vitrales de la memoria* es complemento y continuidad de ese libro, pues el tema o la sustancia de los poemas son igualmente la memoria, los recuerdos y la experiencia del olvido. Y es un contrapunto, en la medida en que los poemas manifiestan un aliento afirmativo, un entusiasmo del sujeto al revivir su pasado y cifrarlo tras las reminiscencias súbitamente surgidas en su presente. Distintamente, en *Ferviente Humo*, las personas poéticas o voces de los poemas (Safo, Violeta Parra, la propia Alejandra Pizarnik, Jaime Sáenz, y otros) testimonian una incurable nostalgia y un sentimiento de soledad y desamparo frente a la inutilidad de los recuerdos y la omnipotencia final del olvido.

— *Su lenguaje es un lenguaje visual y de carácter narrativo. En cada poema se construye una historia. ¿Le interesa la pintura y la fotografía?*

— Su pregunta contiene varias preguntas, igualmente incitantes, y las respondo por partes.

Sí, la mía es una poesía icónica, espacial, tejida con imágenes y metáforas en las cuales el ritmo es un componente de ellas. Ese carácter espacial o plástico es evidente en la poesía caligramática y

concreta que he practicado sobre todo en dos de mis libros: *Morada* (1975) y *Mirabilia* (1978). Posteriormente, a partir de *Razón ardiente*, hay un cambio de ese lirismo visual al poema más bien narrativo, en una poética machadiana, que quiere ser cuento y canto. Esta poesía narrativa se intensifica en *El paraguas de Manhattan* y los libros siguientes, al punto que frecuentemente los poemas son micro relatos o cuentos brevísimos, que comportan una trama y un desenlace. Un poema ilustra mejor lo que quiero decir: «Vitral del enano», refiere cómo un enano entrevisto en la muchedumbre de Manhattan me transportó al enano que, en compañía de mis padres y hermanos, vi en mi infancia en una función de circo (seguramente chileno, en Oruro, mi ciudad natal). El poema no se detiene ahí, en la rememoración, sino que el enano de entonces, haciendo una pirueta, me devuelve o avienta al presente: la calle de Manhattan por la que camina el enano neoyorkino a quien intento darle alcance, cuando:

un muro de hombres altos
me cierra el paso, ocultándome.

Como se ve o se lee, se trata de una transfiguración del hablante en el enano, propia del cuento fantástico, en el sentido borgeano. Creo —espero no pecar de soberbio al decirlo— que ese poema breve le habría gustado a Julio Cortázar, cuyos cuentos ejercieron una fascinación y una influencia perceptible en esos poemas, los cuales trazan a menudo una suerte de pasaje Güemes que va del presente al pasado y viceversa.

Pasando a la última parte de tu pregunta. La influencia de la pintura se da de manera literalmente explícita en varios de mis poemas, como «Moral de Van Gogh», perteneciente a *La luz del regreso*. Poco después, un cuadro del pintor boliviano Ricardo Pérez Alcalá (nombre muy musical, dicho sea de paso), dio tema y título a «Las elegidas», poema *de Líneas de otoño*. En *El paraguas de Manhattan*, hay una secuencia de tres composiciones que son traducciones o recreaciones verbales (suerte de homenajes también) de pinturas de tres grandes pintores norteamericanos: Edward Hopper, Pollock y Mark Rothko. Asimismo, «Alrededor del El Greco», el poema más extenso de *Al paso del*

instante, es una lectura y traslación verbal de varias pinturas de ese genio de la pintura universal. En fin, esa correspondencia secular entre la poesía y la pintura se desarrolla a lo largo de mi obra.

No puedo decir otro tanto de la fotografía, como fuente de mis poemas, pero me fascina ese arte tan próximo a la poesía, pues, como ella, es cazadora de instantes. Y ahora que lo recuerdo: «Instantáneas» se llama precisamente uno de los poemas de *Al paso del instante.* Y a propósito: Antonio Muñoz Molina, en el generoso y esclarecedor prólogo a *El paraguas de Manhattan*, señala: «Cada poema, enmarcado por el espacio de la página en blanco de la tipografía, es un capítulo del libro al que pertenece, una estampa o una fotografía instantánea en el gran álbum de la ciudad.»

Además, como se sabe, la fotografía, como arte o no, constituye nuestra memoria histórica, personal y familiar, pues hace visible y fija nuestro pasado (lo cual no quita que muchas veces pueda ser motivo de extrañeza). En varios momentos de mi obra, las fotografías contribuyen a la rememoración y a la redacción del poema. Unas líneas de la «Elegía con Eugenio Montejo» dicen:

Busco tu fotografía: contemplo
tu mirada nítida que atraviesa
el claroscuro de tus gafas
y, bajo el bigote espeso,
tu apacible sonrisa...

Y en «Vitral del cura Canahuati», se rememora y transcribe una fotografía extraviada en la cual estoy, de niño, sentado en la falda de un tío, cura ortodoxo, hermano de mi madre, que entonces vino de visita a Oruro desde Belén, donde nació ella.

— *¿Es el poema la mejor expresión literaria para penetrar en la realidad?*

— Es una de las expresiones que cala o viene de lo más hondo de la condición humana, incluida en ésta la inclinación al juego, a la invención imaginaria.

— Al paso del Instante, *aún siendo un libro que recobra el pasado y es en alguna medida melancólico, también hay un presen-*

te. En los poemas «La Llaga», «Lamento», «El Duelo», «Travesía Urbana», nos hace sentir vértigo y miedo, como esa «niña que cruza delante de un tanque» ante un presente de guerras y crueldades ¿Hay una voz de denuncia?

— Los tres primeros poemas que mencionas pertenecen a *El paraguas de Manhattan*, y fueron escritos a raíz del atentado terrorista que cegó tantas vidas en esa entrañable ciudad. «Travesía Urbana» expresa la violencia latente que amenaza a cada individuo en su tránsito por la ciudad. La imagen de la niña que cruza delante de un tanque en la franja de Gaza es una ilustración de esa indefensión de los más débiles sometidos a una violencia cruel. Esa indignación civil contra la violencia se manifiesta a lo largo de mi obra: *Razón ardiente*, un poema escrito en París en 1980 a raíz del golpe de estado tramado por un grupo de militares narcotraficantes que impusieron el terror, la tortura y el exilio en mi país, es el más intenso y dramático. Esa misma indignación se oye en poemas de distinto espíritu, como «Yaba Alberto» y «Desde tu cuerpo», el primero, una elegía por la muerte de mi padre, y el segundo, una celebración del nacimiento de mi hijo Gabriel.

— En el poema «Reclusas al paso» sentimos nostalgia por las cosas que nos ha robado la era de la informática. ¿Qué cree que hemos perdido?

— La tecnología no es buena ni mala sino que depende del uso o abuso que hagamos de ella. En su uso adictivo, obsesivo corremos el riesgo de ser absorbidos por sus artefactos y perder el contacto sensorial con la realidad «real» del mundo. Pero esta impresión acaso sea meramente subjetiva y no creo seguro que las jóvenes generaciones la compartan.

Respecto a la incidencia de la tecnología en mi escritura; cuando apareció el ordenador o computadora, yo me negaba a utilizarla en lugar de la máquina de escribir en la cual pasaba mis poemas, siempre escritos primero a mano. Me parecía que las palabras en la pantalla perdían peso, se volvían volátiles, insignificantes; impresión que se acentuaba por la facilidad con la que se podía sustituirlas o borrarlas. Peor aún: debido a mi impericia, las sentía más expuestas a desaparecer. Un poema de entonces, inédito, registra esos momentos de zozobra:

EL POEMA INCONCLUSO

Por un torpe descuido
se borró (¿en buena o mala hora?)
el poema que creí escrito
anoche en la computadora.

Hoy, tras encenderla,
la luz fría de la pantalla
alumbró una playa desierta,
blanca como una mortaja.

Sólo quedan en mi memoria
el título, que ya no bautiza nada,
y algunas imágenes borrosas
que flotan informes como algas.

Pero, paulatinamente, fui cambiando y, sin dejar de escribirlos a mano, empecé a pasarlos del cuaderno (o la servilleta del bar) a la pantalla. Aun más: el ordenador, así como el internet, en algunos casos, fue un instrumento compositor del poema.

— *¿No es paradójico que, viviendo en un momento donde todo es un instante y nada se recuerda, usted escriba un libro donde el tema principal sea recobrar el tiempo? ¿Cree que la poesía tiene un lugar en la época en que vivimos?*

— Paradójico lo es, pero es que la literatura, especialmente la poesía, siempre se escribe a contracorriente. No sé cuál sea el sitio de la poesía en este tiempo y menos su futuro. Pero creo, o quiero creer, que la poesía, como el cuento, ha de sobrevivir o perdurar en nuestra historia, aunque ignoro el tiempo y el modo.

— *¿Qué espera de los lectores de sus poemas?*

— Al escribirlos, nada. Una vez escritos y publicados, que encuentren varios lectores que se reconozcan en ellos, es decir que los recreen y les den realidad con su lectura.

— *Todo lector se pregunta siempre por las devociones de sus autores. ¿Que poetas le han influido más?*

— Como dices, es una pregunta casi obligada. Pero esta vez prefiero nombrar a algunos autores (en una lista aun así incompleta), que sigo releyendo y que incidieron en mi escritura.

Desde mis veinte a los cuarenta años, una lectura ritual fue *El Quijote.* Lo leía cada año, la primera quincena de enero, y, desde luego, lo sigo frecuentando. Un poema, «De escudero a caballero», en la voz de Sancho —para mí, el personaje masculino de novela más entrañable o querible— es mi modesto homenaje a la novela y al personaje. Los poetas clásicos de nuestra lengua, de Jorge Manrique a Góngora y Quevedo, fueron lectura de cabecera.

En 1967, en la faculta de Letras de Niza, León Cellier, en un seminario sobre las *Flores del Mal*, me abrió los ojos al universo de la obra de Baudelaire, ese Dante de la poesía moderna, como bien lo calificó T.S. Eliot. Años más tarde, conocí la obra poética y ensayística de Octavio Paz, su poesía, como ninguna otra, me reveló el presente. Los poemas de *Ladera Este* repercutieron en la composición espacial de numerosos poemas míos. La escritura caligramática practicada en *Morada y Mirabilia*, proviene de las lecturas de Apollinaire y de los ideogramas de José Juan Tablada, quien asimismo me llevó a la lectura de Basho, Buson, Issa y otros maestros del haiku, esa forma tan fascinante que he cultivado desde entonces. En mi memoria, la gestación de *Mirabilia*, se corresponde con mi primera lectura de *Le parti pris de choses*, de Francis Ponge. Tal vez su impronta sea ostensible en el ciclo «Celebraciones». Así lo vio hace tiempo Alicia Dujovne, quien en una reseña panorámica de la literatura latinoamericana de esos años publicada en *Le Monde*, se refería a ese libro mío como obra de «un Ponge boliviano». ¡Menudo elogio, ya quisiera yo que fuese verdad!

En este recuento no puedo pasar por alto la obra de Vicente Huidobro, a la cual dediqué un libro breve, consistente en una lectura de su obra desde el punto de vista de la imagen. Mis verdaderas lecturas de Ovidio, Catulo y Lucrecio y Dante se dieron más bien en la madurez. De ellos, el que más incidió en mi escritura es sin duda Lucrecio, tan presente en varios poemas de *Camino de cualquier parte.* Asimismo, la factura de varios poemas de este libro trasluce, en el espíritu y la letra, mis lecturas de Jorge Guillén. Walt Whitman y E. Dickinson a Carlos Williams y Wallace Stevens, son los poetas

en lengua inglesa que más frecuento. Ya señalé la repercusión de los cuentos de Cortázar en mi obra. Al Autor de *Pedro Páramo*, le debo la *Carta a la inolvidable*, una carta en verso dirigida a Susana San Juan. Todos ellos, y muchos otros (Homero, Shakespeare, Borges...) formaron mi sensibilidad, y están presentes implícita o explícitamente presentes en lo que he escrito.

— *Su trabajo parece un trabajo solitario ¿Cómo se siente en la poesía de lengua española?*

— El español es mi lengua nativa, mi casa y patria lingüísticas. Un poema publicado en mayo pasado en *Letras libres* dice mi amor por ella.

— *¿Qué relación tiene con la poesía boliviana?*

— Una relación familiar, íntima. La poesía boliviana, desde el modernismo al presente, es junto a la pintura y el folklore, una de las mayores aportaciones de la cultura boliviana, pues ofrece un corpus poético compacto, pleno de obras singulares como las de Ricardo Jaimes Freyre, Gregorio Reynolds, Oscar Cerruto, Jaime Saenz, Edmundo Camargo y Pedro Shimose, entre varios otros.

Cuatro libros míos, antologías precedidas de ensayos o sobre cada uno de los poetas incluidos, muestran el interés y el fervor indeclinables con que sigo la poesía boliviana.

— *Desde los 24 años, usted ha estado fuera de Bolivia, primero en París y después en Estado Unidos. ¿Por qué se fue de su país y qué ha encontrado en Estados Unidos?*

— Uno deja su país por diferentes motivos, amorosos, económicos, políticos. En mi caso, como en el caso de tantos, parafraseando el celebre verso de Rubén Darío, diría que por hambre de otros espacios, sobre todo culturales. No concibo mi obra sin mis residencias en varios países, tan decisivos como el de mi nacimiento.

Estados Unidos fue muy propicio para mi vocación de escritor; en la universidad de Pittsburgh, tuve grandes maestros: Gonzalo Sobejano, Raimundo Lida y Guillermo Sucre, quienes ampliaron y profundizaron mis lecturas de los clásicos modernos, de Rubén Darío a la vanguardia. El ejercicio de la docencia allí me dio la estabilidad y el tiempo libre necesario para leer y escribir, la comunicación con la juventud, la posibilidad de viajar y de retornar periódicamente a mi país, del cual, en rigor, nunca me he ido. No es poco, ¿verdad?